

Humberto Giannini Íñiguez

DISCURSO DE RECEPCIÓN

a D^a. Carla Cordua Sommer
a la Academia Chilena de la Lengua
25 de agosto de 2001

Me siento feliz de un encargo tan honroso como el que Uds. me han confiado; el de recibir a Carla Cordua como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua. Esta tarde me imagino estar participando en la celebración de un rito y ayudando a revivir una antigua leyenda. Se contaba que Filología y Filosofía son hijas de una misma divinidad y que, siendo doncellas, tuvieron por mandato de su padre encontrar el nombre en sí del ser humano, extraviado en medio de denominaciones convencionales y siglas, sin sustancia semántica alguna, con las que el hombre había atiborrado el universo.

Sabemos un poco oscuramente que en los albores del pensamiento griego, el término que los romanos tradujeron luego por "ratio" o más tarde, los cristianos por "verbo", -el término "logos"- también sirvió para designar la fuente no humana de la humanidad del hombre: a la Razón cósmica, al logos divino que discurriendo dentro de sí mismo mueve los cielos e inspira el discurso humano.

Un día se llegó a sospechar que son cosa distinta los modos de ser (modi essendi) de los modos del pensar (modi cogitandi) y, los modos de pensar, distintas de los modos del decir (modi dicendi); realidades distintas, aunque misteriosamente implicadas entre sí.

Pues bien, el sentido y el alcance de estas distinciones abrirá en occidente una historia de desencuentros y tercios enfrentamientos entre la Filología, que se dedicaba sólo a la Gramática, y la Filosofía, que por aquellos tiempos se ha vuelto teológica.

Pier Damiani y los antidialécticos, por ejemplo, acusan a la gramática de enseñar a declinar el nombre de Dios, por lo que proponen expulsarla de las Escuelas Conventuales. Antes, muchísimo antes, los sofistas heracliteanos habían acusado a la gramática, siempre a la gramática, de someter, a la mente humana a un proceso de congelamiento de la realidad, sustantivando lo que es puro proceso y gozoso desequilibrio real. Y es en medio de conflictos y descalificaciones similares que se mueve una parte significativa del pensamiento moderno, al poner distancias infranqueables entre la proposición fónica y el juicio

ACADEMIA CHILENA N° 75

75

(2001 - 2002)

mental, entre la palabra, siempre tenida como pura convención, y la idea, reflejo de la esencia misma de las cosas. Por último, la filosofía lógico-positivista del siglo pasado, más terca aún en su discriminación, verá en la Gramática heredada, a la astuta instigadora de las supersticiones metafísicas de la humanidad.

Sería injusto, sin embargo, no recordar también aquellos cortos momentos de encuentro y plenitud, en que la palabra recupera la confianza de llamar a las cosas por su nombre en sí: al pan, pan; al vino, vino; cuando el filósofo vuelve a andar del brazo del poeta y comen del mismo pan y beben del mismo vino. Plenitud en que las ciencias del logos y de la palabra se vuelven a reconocer como hermanas.

Si reflexionamos ahora sobre el estado presente de las relaciones entre palabra y logos, entre gramática y lógica o para emplear el mismo lenguaje viquiano, entre filología y filosofía, vemos que de un modo muy generalizado y múltiple, el pensamiento filosófico ha venido una vez más al encuentro de la palabra.

Carla Cordua, centra su meditación en las vicisitudes espirituales de nuestro tiempo. Y hay algo que quisiera ahora subrayar: además de la fuerza con que deja ver el acercamiento de que hablábamos, sus lectores quedamos firmemente convencidos de que tanto por la elección de temas que involucran este acercamiento como por la forma de abordarlos, la autora hace ella misma plena y eficaz la realidad de este reencuentro. Y es este el punto que pretendo subrayar en mi intervención.

Muchas son las puertas para entrar al interior del pensar contemporáneo: una de ellas: "presentar los nuevos planteamientos, relacionándolos con el pasado más inmediato de la filosofía actual, con el período de la modernidad que va de Descartes a Hegel". Y ello no sólo porque "la confrontación con el pasado facilita el acceso a lo nuevo, sino porque estas novedades son precisamente una renovación de este pasado" (Carla Cordua, *Mundo, Hombre, Historia*, pág.11). Que la autora ha seguido este camino, lo muestran los numerosos libros y artículos dedicados a la filosofía moderna. Para citar sólo dos: *El mundo ético: ensayos sobre la esfera del hombre en la filosofía de Hegel*, Barcelona, 1989; y *Variiedad en la razón: ensayos sobre Kant*, escritos de Carla Cordua y Roberto Torretti; Rio de Piedras, 1989).

Otra puerta es examinar los problemas que la filosofía moderna ha dejado pendientes, empantanados o definitivamente olvidados. Y entonces, la tarea primera, más urgente, al parecer, será la de recuperar lo inmediato, el fenómeno, sacrificado en el sueño idealista de lo universal, lo Unico, lo Absoluto. Recuperación de lo inmediato será el intento de la fenomenología y la intuición

eidética; recuperación de lo inmediato, de lo dado, será el intento del cientificismo empirista y lógico, casi paralelo al método anterior.

Las puertas de entrada: Husserl, Sartre, Jaspers, Scheller, Heidegger; por una de las vías; por la otra, hasta cierto punto y hasta cierto momento: Ludwig Wittgenstein. Autores claves a través de quienes, Carla Cordua ha tocado los puntos más sensibles y el lenguaje más propio de lo que va apareciendo en el escenario filosófico después de la experiencia dramática de la segunda guerra mundial.

Una de estas puertas es, pues, el pensamiento de Wittgenstein, aparentemente quebrado, contradictorio, anacoluto, en su formulación total, si se toma en cuenta -¿y cómo no considerarla?- la crisis anímica del joven filósofo hacia el año 1930. Carla Cordua, en un trabajo verdaderamente excepcional por la originalidad de sus puntos de vista y la profundidad de sus análisis, sostiene que esta ruptura de Wittgenstein con su pasado no es tan cismática y que el filósofo arrastra en su misma aversión cuerdas de enlace con sus nuevos planteamientos.

En todo caso, a 9 años de haber publicado el *Tractatus logico philosophicus*, su obra revolucionaria acerca de los límites de lenguaje y mundo, hay en Wittgenstein una mirada nueva hacia el mundo, y una mirada de reconciliación hacia los modos comunes, naturales, de decir ese mundo, temas excluidos totalmente de su lógica anterior.

Reconciliación con el mundo de la vida, que fue el gran desasosiego del último Husserl y una cuestión esencial, pero pendiente a mi entender, en la filosofía heideggeriana. Como se sabe, esta reconciliación de Wittgenstein con el mundo y con el lenguaje comunes, tuvo fuertes y variadas repercusiones en las ciencias lógicas y lingüísticas, y, de allí, nuevamente, en la filosofía, sobre manera, en el campo de la reflexión moral.

Estos temas de lenguaje y mundo están tratados con finura y profundidad a través de todo el pensamiento de Carla Cordua; a tal punto que a partir de estos temas me parece posible seguir el hilo de su propio pensamiento, e intentar un bosquejo de su propia experiencia filosófica.

En una obra reciente, *Ideas y ocurrencias* (Ril Editores, Stgo, 2001), Carla Cordua vuelve a preocuparse de la biografía y del pensamiento de Wittgenstein. Y es aquí, me parece, donde marca con mayor énfasis aquellos rasgos propios de la filosofía contemporánea que nos permitirán prolongar algunas líneas de sentido y fuerza a lo largo de su extensa y rica producción exegética y crítica.

Como adelantábamos, uno de estos rasgos propios es el descubrimiento del mundo común, del mundo de la vida, fenómeno que la filosofía moderna simplemente se había saltado.

Hace algún tiempo, en el año 1969, Carla Cordua publicó *Mundo, Hombre, Historia* (Ed. Universitaria), obra de extraordinaria concisión, belleza, pero sobre todo, de meridiana claridad. Obra que desgraciadamente pasó inadvertida en medio del fragor social y político de la época. En esta obra se sostenía que la revalorización teórica del mundo de la proximidad, del horizonte situacional, del lenguaje a la mano (el habla) es el rasgo definitorio de la sensibilidad filosófica postmoderna. Y "no sería exagerado decir que la obra entera de Heidegger gira alrededor del tema del mundo" (op. cit. 73).

Esta inquietud teórica por "el mundo de la vida" que va marcando a cierta línea importante del pensamiento europeo y a través de un proceso que dura 20 a 30 años (desde Dilthey tal vez, pasando por el Husserl tardío, hasta la obra clave, explosiva en este respecto, *Ser y Tiempo*, de Heidegger), esta preocupación o una preocupación bastante próxima, irrumpe independientemente, por otros caminos, se diría, como una suerte de revelación en la vida de Wittgenstein. Revelación del mundo de cada día, de la experiencia histórica, del lenguaje natural, como criterio último de todos los lenguajes técnicos, incluso el lógico; como criterio último de todos los enredos lingüísticos de la filosofía tradicional. "Le preocupan a Wittgenstein -dirá Carla Cordua- la distancia entre los asuntos de la filosofía y las situaciones vitales, el carácter del lenguaje filosófico y su pretendida autonomía respecto del lenguaje cotidiano" (op. cit. pág.73). Esta nueva actitud irrumpe, sin embargo, en otro lugar, en medio de otros círculos e intereses teóricos en Inglaterra y EEUU. especialmente, los que serán afectados radicalmente en sus planteamientos.

En resumen, la idea de mundo, en el sentido señalado y genérico de "mundo de la vida", representa un rasgo común en las corrientes filosóficas más representativas y alejadas entre sí del siglo recién pasado.

Ahora, si nos internamos en su meditación exegética y crítica acerca de la obra de Wittgenstein y de otros autores contemporáneos, irán surgiendo ante nosotros momentos decisivos que dicen y configuran la experiencia filosófica que la autora hace en este camino, es decir, cómo se va implicando ella misma, en cuanto co-partícipe de un mundo común, en aquello que explica, que es lo que ahora nos interesa averiguar.

Y es así como creemos descubrir -a través de sus reflexiones- otro rasgo distintivo en el pensamiento contemporáneo: y es el de la relación del ser humano de carne y hueso con el mundo de la vida que a cada cual le toca vivir. Un problema esencialmente ético que, propuesto en estos términos- y no ya en el plano de pura universalidad del deber ser- también se venía saltando la filosofía.

Refiriéndose siempre a Wittgenstein dice nuestra autora:

"La comparación de filosofía y vida tiene, además, un sentido moral para Wittgenstein. La vida ordinaria es la que marcha con el mundo, la que lo ha

aceptado tal como lo encontró y se ha acomodado en él". Sigue la autora, ahora citando al pensador austríaco. "Como son todas las cosas, eso es Dios". (op. cit. pág. 76).

La aceptación de las cosas tal como son, en el sentido en que estamos usando el término, no significa resignación. Todo lo contrario, esta disposición de ánimo tiene que ver con la posibilidad de una vida feliz.

Hay un hecho biográfico significativo:

Conociendo los conflictos, desavenencias con los demás y consigo mismo, y la continua agitación, cambios y contradicciones vitales, resulta casi incomprendible que Wittgenstein en las últimas horas de su existencia mande decir a sus amigos que su vida ha sido maravillosa.

Si la reflexión es un volver sobre sí mismo, reflexión privilegiada será aquella que se cumple hacia el momento conclusivo de una vida. Este era también el parecer de Aristóteles. Entonces, resulta especialmente digna de consideración -y la autora la destaca- esta reflexión final de Wittgenstein, "que su vida ha sido maravillosa". Una tal perspectiva, expresará una reconciliación lenta y profunda con el mundo.

En su última obra, *Ideas y ocurrencias*, la autora vuelve a tratar dos veces el tema de la vida y de la obra de Wittgenstein. En el capítulo dedicado explícitamente a él -Wittgenstein en el siglo XX (págs. 61 a 88), se ocupará de lo que hemos recordado como fisura espiritual del año 30, el año del vuelco. Pero, hay otro capítulo "Concordancia y aceptación morales" (págs. 121 a 136), en que Wittgenstein aparece, junto a Sartre y Heidegger, a propósito del tema moral de la aceptación.

Este capítulo representa, a mi entender, la más honda y personal exposición ética de la autora. Y pienso, corriendo todos los riesgos propios del entusiasmo, que en estas páginas se muestra el compromiso que ella misma tiene con la filosofía. No es fácil afirmarlo, pues no se trata meramente de una teoría pensada y propuesta, sino más bien, como Wittgenstein, de actitudes vitales, que define un estilo, un modo de estar en el mundo que, en este caso, se va tejiendo y configurando como comentario al texto.

Carla Cordua se ha declarado lectora de Sartre; lo dice en el epígrafe de *Gerencia del tiempo*. Y ser lectora no es sólo haber leído a un autor sino, tenerlo presente, seguirlo, volver sobre sus escritos, mantenerse en su cercanía y expuesta a los conflictos que irremediablemente provoca toda cercanía.

¿Y qué puede ser aquello que mantiene a Carla Cordua en la cercanía de un autor que, en un sentido radical, es la anti-aceptación del mundo. Un autor que, dicho entre paréntesis, tal vez interpretando de cierto modo su radicalidad, fue pública, ferozmente maltratado, repudiado, allá por los años 1976, en un número especial de *Artes y Letras* de El Mercurio, por la casi totalidad de nuestros pensadores? Un autor que, por lo tanto, "no se enseñaba en las universida-

des" (Ideas, 114). "Sartre fue muy importante para mí" dice en una entrevista: "Y me parece que yo nunca me he deshecho de ciertas concepciones básicas que aprendí en esa forma radical y ¿cómo se lo puedo decir? extremista".

Y es en este espacio que el pensamiento de Sartre puede cohabitar con el de Wittgenstein e inspirar, ambos, el pensamiento de nuestra autora. Se puede suponer en efecto que Sartre esté presente en esta concepción profundamente anticausalista, situacional y práctica de la libertad: "Libertad es hacer algo con lo que han hecho de nosotros". Descripción sencillamente luminosa. Nos encontramos con variantes de ella, en varios escritos de Carla Cordua.

Y luego agrega la autora: "Hay en mí una imposibilidad de ver a los seres humanos como determinados por factores externos. Estoy convencida de que las personas son libres, aunque no posean el tipo de libertad que Sartre explica (op., cit. 114), resumida en aquella famosa expresión 'Libertad es hacer algo con lo que han hecho de nosotros'. Las palabras son fuertes, pero, en un sentido, menos originales de lo que parecen a primera vista. Pues, se concede con facilidad que la libertad no parte de cero; que es la libertad de alguien que ha venido a nacer en un lugar determinado del mundo, que ha recibido cuidados o ha sólo conocido el abandono de los otros, que ha sido iniciado en ciertos hábitos, alimentado en cierta lengua, excluido de ciertos beneficios, etc. Libertad es hacer algo con la vida a la que así y no de otro modo hemos sido lanzados. Para Sartre la libertad de cada cual consiste en hacerse cargo de alguna manera del ser que han hecho de nosotros. Pero no porque haya algo aceptable en sí sino porque a partir de cada existencia aquel mundo dado, estos u otros valores inculcados, son siempre removibles. La libertad es, entonces, la posibilidad permanente de la negación; la removilidad de todo. Para Sartre..."

Para la autora, la libertad de cada uno supone cierta lucidez respecto de lo que somos; aceptar de un modo más fuerte que el propuesto por Sartre, que somos eso que somos. "La aceptación de nuestra condición limitada y menesterosa, de la existencia del mal, de la casualidad y de las coincidencias desgraciadas, tanto como la aceptación de nuestras capacidades, de la existencia de la bondad y generosidad ajenas, de la regularidad de los sucesos con que podemos contar y de la buena suerte, son compatibles con una vida plena" (op. cit. 132). La aceptación de nuestra vida limitada y menesterosa significa aceptar, por último, lo que no puede sino marcar todas nuestras decisiones: aceptar nuestra condición de seres mortales. Y en este punto, evidentemente la autora está muy cerca del pensamiento de Martín Heidegger.

Esta cercanía a Heidegger debe alejar definitivamente toda sospecha de que la palabra "aceptación pueda confundirse en absoluto con una resignada entrega a la necesidad que nos llega causalmente del universo". En *Ideas y ocurrencias* leemos unas páginas definitivamente aclaratorias sobre el tema de la "concordancia y el acuerdo con el mundo", que quisiera releer con ustedes:

... "La aceptación moral a la que se refieren ciertos autores contemporáneos, en particular Wittgenstein, pero también, de otra manera, Heidegger, no es una actitud ante lo fatal ni un sometimiento resignado de antemano a cuanto sucede. Somos, para bien y para mal, ricos en recursos frente a lo que se nos viene encima. Pero, no tan ricos como para inducirnos a creer que tenemos nuestra suerte bajo control, pues es obvio que no la tenemos" (op. cit. 130).

Esta riqueza en recursos, para bien o para mal, es aquella que nos permite hacer algo con aquello que el mundo, las circunstancias, los otros, han hecho de nosotros. Esta riqueza de recursos pertenece al ámbito de la libertad.

Pienso que el alma de la significación de libertad se encuentra, para Carla Cordua, en esta expresión: "acuerdo", concordancia". Ambas derivan del latín *cor*, *cordis*, corazón. El acuerdo, la reconciliación con el mundo que nos toca vivir no corresponde a un terco acto de capitania, como el del Goetz, en el diablo y Dios de Sartre; tampoco, me parece, a un acto heroico de una autenticidad que cierra por dentro el círculo del "sí mismo", y no como Aristóteles, desde fuera, desde la realidad de una cierta medida externa. Me parece que esta aceptación más que un acto, es una actitud, una disposición cordial de reconocimiento en el doble significado de aceptación de lo otro, como cuando se dice: reconozco que..., pero también a un acto de gratitud, como cuando expresamos nuestro reconocimiento a...

"Pensemos más bien en la posibilidad de desarrollo de una política estable para el curso de la vida en el mundo que nos tocó, cuyo propósito central consiste en recibir buena parte de lo que tal curso trae, en adueñarnos de ello con comprensión y, a veces, cuando algo lo merece, con gratitud y contentamiento" (op. cit. 122).

"Cuando algo lo merece" en oposición al simple hacer algo -simplemente "algo"- con lo que se ha hecho de nosotros. Las palabras de Carla Cordua implican reconocer el merecimiento real, cierta cualidad de ser que viene del mundo y de alguna manera puede cualificarnos, y darnos valor para vivir, en virtud de ese reconocimiento; sus palabras implican, pues, una elección que no es un acto caprichoso o subjetivo, ni de simple conveniencia. Attendamos nuevamente a sus palabras: "Este compromiso básico con lo que aceptamos lo tenemos que tomar personalmente, a sabiendas y sin asistencias. En ninguna otra parte somos tan irremplazables como cuando nos hacemos promesas morales" (op. cit. 122). No obstante, la autora no nos dice qué cosa, qué cualidad real merece nuestro reconocimiento y gratitud; pues, cada cual deberá descubrirlo por sí mismo en su trato con el mundo: "La aceptación de la diversidad como legítima y deseable, más que su tolerancia, es el corazón de la cultura democrática, el más allá que no encuentra en la pluralidad una molestia sino una riqueza, no un riesgo sino una premisa de la vida pública" (op. cit. 136).

En las últimas producciones, *Luces oblicuas e Ideas y ocurrencias*, Carla Cordua retoma algunos problemas claves de la filosofía actual, pero examinados esta vez desde la perspectiva vital de la literatura; examinados como problemas en los cuales la palabra no es un mero instrumento externo sino que se encuentra implicada esencialmente en el problema examinado como parte inseparable de él.

Así, a propósito de Conrad, de Kafka o de Ionesco, o a propósito de la poesía de Juan Luis Martínez, trata el jeroglífico del sentido, de su pérdida de su aniquilación; o del sin sentido y del absurdo; y a propósito de una obra de Ramón Pérez de Ayala, el tema fascinante de Diccionario y mundo, o el enigma de la identidad asociado al interlingüismo de Derek Walcott, el poeta afrosajón; o a propósito, de Unamuno: el grado de pertenencia del personaje literario a su autor, o a propósito de José Echeverría, una meditación crítica acerca del acto de morir.

Y otros ensayos sobre asuntos inquietantes, sobre todo en relación a nuestros autores latinoamericanos: el excelente trabajo hermenéutico sobre Miró y la concepción de la identidad como un irse buscando y juntando a sí mismo; y ligada al mismo tema, la reflexión sobre el desarraigo latinoamericano, y otros tantos autores a cuya palabra otorga Carla Cordua una nueva profundidad y una nueva luz.

Hay en estas lecturas, hechas con emoción y gratitud, según las palabras de la autora, por ejemplo, a propósito de Laurence, otra virtud que hace mucho debió practicar el filósofo latinoamericano, casi siempre agobiado por la vieja y gastada pregunta de la originalidad. Para decir cuál es esa virtud, voy a repetir un pensamiento de Paul Ricoeur que me parece oportuno: "Cuando la filosofía se inició en Grecia, en cierta medida, todo ya había sido dicho en la simbología del mito". Tampoco, pues, según este pensador, la filosofía griega es original. Quizá, por principio, ninguna puede o quiere inventar. El origen verdadero de la reflexión helénica está en una experiencia de mundo -en la experiencia ética del mal dejà ici, según Ricoeur-, que la filosofía retoma y vierte en otro tipo de lenguaje.

Creo que nosotros, latinoamericanos, hemos venido expresando genuinamente nuestra experiencia vital, nuestro modo de ser en el mundo a través de la poesía y de la novela. Una filosofía que se salte esta experiencia, este horizonte de mundo, estas constelaciones y este lenguaje que nos anteceden; una filosofía que no recoja ni el polvo del camino que hace, será un pensamiento universal, en el mal sentido que le dan Carla Cordua o Wittgenstein. O será ciencia y no filosofía, porque aquí, en la filosofía, el autor está siempre implicado en aquello que explica.

Y justamente a esto quería llegar esta tarde:

Carla Cordua está implicada en la experiencia del lenguaje no sólo porque da la impresión al lector de decir las cosas que piensa tal como las piensa, sin residuos ni forcejeos, virtud tan extraña a los filósofos de hoy. Pues, esta impresión sólo es posible cuando un autor escribe generosamente para los demás, recurriendo a una experiencia común, o que ahora pretende hacer común, a partir del milagro de la palabra. La claridad filosófica debe ser examinada no como una virtud agregada sino como un momento de esa comunión de la que hablaba al principio, de una comunión que consiste en el regreso del logos a su propia casa, a la palabra.

Pero, nuestra autora está implicada en la experiencia del lenguaje no sólo por eso. También lo está en virtud de su preocupación constante por el mundo de la vida, exaltado, potenciado en sus manifestaciones literarias que con tanto amor y talento, ella nos devuelve a través de luces oblicuas, según una bella expresión suya.

Señores académicos: me siento muy honrado por el hecho de haber sido elegido hace algún tiempo para recibir a Carla Cordua como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua. Feliz, además. Siempre he admirado la profundidad de sus escritos, así como igualmente admiro la calidad, la calidez de su trato y amistad, que es también otro modo de ser profundos.